

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 31 DE ENERO DE 1901

NÚM. 532

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻



COQUETERÍA

Tu vista en mi vista para,  
y responde con franqueza:

¿concibes aún más guapeza  
que la que tiene mi cara?



## Crónicas al carbón



BUENO está.

Al paso de la Comisión nombrada por el Municipio de Buenos Aires para ofrecer á S. M. la Reina un homenaje de respeto, Barcelona, y en representación de ella su Consistorio, ha agasajado y festejado á huéspedes tan distinguidos.

Las fiestas brindadas al Intendente de Buenos Aires y á su acompañamiento, los honores que acaban de tributárseles me parecen bien, muy bien, y aun diré que me regocijan.

Barcelona ha sido siempre espejo de la cortesía, ciudad hidalga y noble, y nunca como en esta ocasión pudo aplicar tan oportuna y eficazmente esta hermosa y caballeresca práctica de los pueblos cultos.

Tengo por cosa indudable que con el tiempo las repúblicas de Sur, hijas emancipadas de la Metrópoli, concertarán una estrecha alianza con nosotros, más que para meterse

en trapisondas, como hacen las ambiciosas y fatuas naciones europeas, para sustentar el ideal de progreso, y la fe en lo porvenir. Nos unen ya en dulce y suave comunión, sentimientos levantados, aspiraciones nobilísimas, con el lazo de la Palabra, verbo en que convive y se difunde el más grande espíritu de la Humanidad.

Yo creo en los oráculos de Castelar; creo como Castelar en la eficacia y en los destinos de la Raza que ha llevado á América la semilla de la civilización, para que dentro de tierra virgen fructificase y al aire libre se desarrollara, al abrigo de las nieves y las tempestades amontonadas sobre ella en el caduco y gastado occidente donde respira aún, como el fuego en las entrañas de los montes, el monstruo medioeval. La América latina, quizás al unísono con el Africa, conseguirá el triunfo de amor que está encomendado á este siglo nuevo.

Veía, pues, afortunadamente en sus proféticas visiones, el ilustre tribuno, como habían de continuarse en nuestra Raza los destinos del Hombre. El tiempo consagrará su vaticinio, acaso antes de que doble en el terrible reloj de arena el primer tercio de esta centuria.

\* \* \*

Naturalmente, no es que yo dé á la visita del Alcalde de Buenos Aires otra importancia ni trascendencia de la que ofrece en la realidad.

Me ha movido á hablar así, cierto; pero estas ideas que pueden excusársele al pensador, no significan sino que es muy grande el anhelo que el pensador siente por ver gloriosa y respetada á su patria.

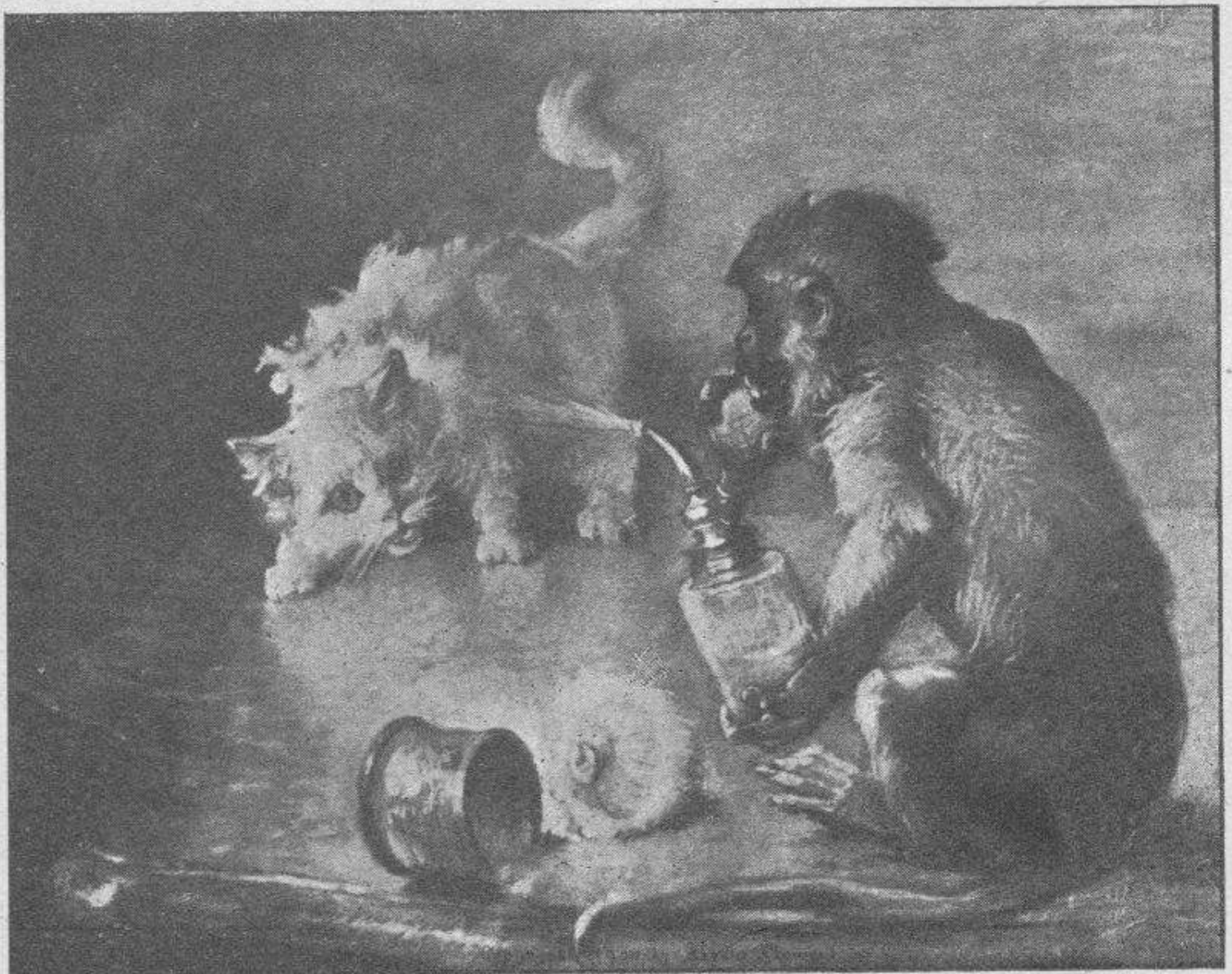
Yo no quiero que en su discutible eufemismo sea Salisbury un profeta como lo fué Castelar.

Castelar lo era de cuerpo entero.

Salisbury lo es... lo es de *pacotilla*.

España no puede ni debe desaparecer: tiene que perdurar, porque perdurable es el espíritu de su Raza.

España ha caído en su ocaso, *por do más pecado había...* por su soberbia, por su afán de dominación y de conquista, por la transgresión moral de una ley de progreso que al destino plugo poner en sus manos.



Una toilette improvisada



Pero puede redimirse, y esa redención está en el amor que hace volver los ojos de la hija emancipada á la madre y los brazos de la madre á la hija respetuosa

Las corrientes de simpatía que han empezado á iniciarse con cierta intensidad son, claro está, de buen augurio; pero no bastan los agasajos oficiales y la vana palabrería de la política maleante: es necesario un poderoso esfuerzo para acentuar esas corrientes y para que no se malogre en campo estéril tan digna labor.

Nosotros, cogidos en la trampa de la más odiosa rutina, divorciados de la joven América, no supimos, al perder nuestro influjo autoritario, conservar el influjo moral: ese influjo que ejercen los pueblos por el arte, por las letras, por las industrias, por su cultura y su trabajo, en fin. América pidió á España lo que ésta no pudo ó no quiso darle, y cansada de su inútil y noble porfía, púsose en contacto con centros de más grande esplendor. Mandó á sus jóvenes á extraños países, y esos jóvenes desviaron la dirección de la cultura en América, convirtiéndola al espíritu de Francia, de Inglaterra, de Alemania...

Querían marchar con su tiempo, y aun adelantarse á él, para que no quedara enmohecido en sus manos el instrumento de progreso que España les legó. Nosotros, en cambio, nos sumimos en la noche tétrica de nuestras rancias preocupaciones, convirtiéndonos en estalactitas.

Ahora ha de sernos más penoso reconquistar lo perdido; ahora el triunfo sólo puede lograrlo una joven España, que no ha alboreado aún, y que tiene que levantarse sobre las ruinas de la vieja, mejor dicho de la vetusta.

De todas maneras no olvidemos que en esa fecunda unión está nuestro glorioso porvenir.

Convengo con el clamoreo general que la <sup>\*\*</sup>muerte de la reina Victoria es una irreparable desgracia para Inglaterra.

La ilustre y egregia dama fué un modelo de monarcas, y poseyó como pocos, la virtud de reinar en el corazón de su pueblo. Es posible que, como aseguran algunos, comiencen ahora las tribulaciones y la decadencia de aquel país.

La muerte es una cosa tan natural, que cuando se alcanza en vida la edad de la reina Victoria, no puede sorprender á nadie.

Yo que no soy revistero á lo Bremón, guardaríame muy bien de dar aquí noticia tan trasnochada, si no fuera porque aprovecho la oportunidad para añadir la idea de que tal vez este acontecimiento luctuoso y sensible para los ingleses, influya en el acabamiento de la injusta y reprobable guerra boer.

Y el mejor elogio fúnebre que puede pronunciarse á la memoria de la majestad británica es desear fervorosa y vehementemente que termine la lucha con toda rapidez, sin otros excesos de la barbarie humana, aunque por un arbitraje que conserve la independencia de los compatriotas de Krüger, y en que se honre con los más calurosos respetos su amor sublime á la Patria.

Y punto redondo.

Observo que en esta crónica he apretado mucho el carbón.

CLAUDIO UGENA.

## MISTICISMO



Ceja, ceja en tus bárbaros antojos;  
olvida tu desvelo.  
¿No comprendes el cielo  
después de ver tu imagen en mis ojos?

—Dime, niño: ¿cuántos hermanos tienes más jóvenes que tú?

—Cuatro, señor maestro.

—Y ¿cuántos tienes mayores que tú?

—Cinco.

—¡Ah! ¿Entonces en tu familia hay diez niños?

—No, señor: once.

—Veo que no sabes sumar. Cuatro más jóvenes y cinco mayores, más tú mismo, hacen diez, ¿no es eso?

—Sí, señor; pero hay uno de mi misma edad. ¡Tengo un hermano gemelo!







## Oui, oui...

**R**ECUERDO cuando vino metido en un largo impermeable, con sus botazas clavadas y su deslustrado sombrero. Lo veía yo todos los días en algún banco del Prado, leyendo un periódico, un libro, un prospecto, siempre leyendo. Lo rodeaba una turba de chiquillos que ha tomado con él una excepcional confianza.

—*Francia*, lee aquí.

—Ahora aquí.

—Ahora aquí.

Y *Francia*, con su sonrisaza en los labios, leía despacio, mascullando el castellano donde el dedo infantil le indicaba.

Otra vez le vi jugando á *pidola* con ellos. Era gracioso ver aquel hombrón dando saltos por encima del chiquillo inclinado, ó dejarse saltar cuando le tocaba *ponerse*.

—Es un chiflado,—dijo un amigo.

—Un chiflado que lee,—respondí yo.

Me interesó *Francia* desde luego y procuré hablarle. Al efecto, le saludé al día siguiente y entablé con él un diálogo bastante difícil, porque yo sólo sé el francés que me enseñaron en el Instituto; es decir, no sé francés.

—¿Tiene usted aquí muchos amigos?

—*Touts cettes enfants*.

Y me indicó los niños que le rodeaban.

Por ellos me enteré de sus costumbres. *Francia* vive en una posada, y aunque viste tan mal, no es un desheredado. Come vorazmente como buen norteno; hace un gran consumo de caza, de *conecos*, como él dice, y de bollos, los cuales compra por medias docenas, los almacena en sus faltriqueras y los saca luego repizcándolos groseramente; lo que no hace *Francia* es emborracharse.

Le ofrecí libros; no hizo falta más. *Francia* ha frecuentado mucho mi casa desde entonces. Llegaba muy temprano, tomaba un volumen, marchaba al campo, y después de andarse diez kilómetros, se tendía á la sombra de un olivo. A la puesta del sol regresaba con el libro ¡leído! y se despedía hasta *demain*, en que vendría por otro. Así se ha tragado mi reducida biblioteca: novelas, comedias, obras de versos, de filosofía, de Derecho, ¡hasta el Anuario del Comercio!

Recuerdo un día en que, aburrido de no tener qué libro darle, le entregué la Ley Hipotecaria. Al atardecer, como siempre, volvió con ella y dijo:

—*Cette est une libre très agreable...*

¡...! ¡Le pareció entretenida la materia más latosa que he conocido en mi carrera!

Para complacer á aquel hombre y saciar su hambre canina de lectura, empecé á pedir libros. Así resulta que se ha engullido los textos de tres ó cuatro facultades y una atrocidad de obras literarias.

Como yo no entiendo apenas lo que dice, tenía sin satisfacer una gran curiosidad: De todo eso que lee ¿tomará nota? ¿Lo entenderá? ¿Quedaré algo en su cerebro? Esto me tenía intrigado, y para enterarme procuraba pedirle noticias de lo que leía.

—¿Qué le parece á usted Balzac?

—¡Oh Balzac!

—¿Le gusta á usted nuestro Cervantes?

—¡Oh Cervantes!

—Era mejor que Zola.

—¡Oh! ¡oh! ¡Zola! .

—Tolstoy es un gran loco.

—¡Oh Tosltoy!

—Hugo era un genio, Daudet un enfermo, Voltaire un mico, Zorrilla un violín, Calderón un harpa.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oui! ¡Oui!

Y no lo sacaba jamás de sus interjecciones.

Por fin, un día en que *Francia* se había tragado todos los versos de Espronceda, me devolvió mi querido libro, diciendo:

—¡Oh! ¡Oh! *J' ame á Adam*.

Y desde entonces, cuando me lo encuentro leyendo el octavo periódico ó jugando con los niños, le tiendo la mano con respeto.

Porque él será quien sea, pero se ha enamorado de lo mismo que yo.





MONERÍA



## ¿CRIMINAL?

PEPE sintióse acometido de una terrible crisis de desesperación, de una desesperación muda, que le hacía retorcerse en un rincón de su berlina; de aquella berlina que tantas veces había compartido con Angelita y en la que cruzaron las calles fangosas y turbulentas, sin que el barro salpicara sus trajes de desposados y sin que el murmullo de la gente les impresionara siquiera un momento. ¡Entonces eran tan felices!

Decidió ir á ver si estaba en casa de una parienta suya, amiga íntima de Angelita; era ésta la última tentativa, el último asidero á que sus deseos de felicidad le hacían acoger. Pero en vano.

¡Tampoco estaba allí! Y el pobre no se atrevía á preguntar á nadie, temeroso de verse sonrojado, avergonzado públicamente. ¡Oh! ¡Esto era superior á sus fuerzas! ¡Esta indecisión era mil veces más terrible que la certidumbre, que la realidad!

Dejó de asistir á los teatros, á los casinos, no por miedo á encontrarse con Angelita, sino porque la menor alusión, el más insignificante detalle figurábasele una tremenda bofetada á su honor, una revelación del ignominioso misterio.

Así, determinóse á marcharse, ausentarse por algunos meses, viajar; todo cuanto pudiera distraerle de aquella pesadilla; todo lo que pudiera disipar la nube de deshonor que empañaba sus ojos y pesaba sobre él cual enorme capa de plomo.

Una mañana fría, muy fría, cual lo estaba su corazón, con el último bostezo, arrojó la confortable colcha y saltó de la cama: iba á salir en el primer tren.

Vistióse con coquetería, con cuidados nimios, con una riqueza de detalles que parecía mejor ir á celebrar su boda que á esconder su deshonor: es que trataba de ocultarse á sí mismo su desgracia, con igual disimulo que la ocultaba á

los demás. Y, en efecto: cualquiera que le hubiese visto vestir en la habitación coquetona, capitonada que días antes había servido de *boudoir* á la adúltera Angelita, con tan afectado indiferentismo, le hubiera tenido por el más feliz de los mortales.

Una vez vestido, dirigió una mirada de desprecio á todo aquello que dejaba, por no sabía cuánto tiempo. ¡Para siempre quizás!

Acercóse á los cristales del balcón, empañados por la lluvia y la neblina matinal, apoyó tristemente el rostro en ellos y sus labios sintieron un frío intenso que se le antojó el beso de despedida de su linda Angelita.

Al poco tiempo, oyóse el rodar de un coche; Pepe bajó perezosamente las escaleras y entró en él de un salto, por miedo á que nadie le viera huir.

\* \* \*

El coche se paró y abrieron la portezuela: ¿Dónde estamos?... ¡En la estación ya!... ¡Qué pronto hemos llegado! Y, efectivamente, llegaron pronto. ¿Sería que el caballo se desdénaba de andar solo entre las mulas de los tranvías que en aquella hora bajaban vacíos y despacio, y entre uno que otro jamelgo arrastrando un «pesetero» de esos tan deslucidos y desvencijados que no pueden salir más que á las primeras horas de la mañana y á las últimas de la noche? No; su atazán no era un orgulloso. El orgulloso era él, él que había dado orden al cochero de ir al galope para que nadie le viera.

Entró en el salón de espera, en el que no encontró más que algunos empleados que sacudían el barro de las otomanas y encendían los caloríferos.

Pronto se impacientó de estar allí y salió á los andenes, á pesar de la lluvia intensa y persistente que filtraba por los cobertizos de cristales. Experimentaba allí una impresión de



Si este racimo tuvieras á los postres, di, goloso: ¿qué granito te comieras?



## La Saeta

bienestar y de frescura que jamás había saboreado.

El ir y venir de empleados, el resollar de las máquinas, el murmullo del vapor, el traquetear de las carretas cargadas de equipajes; todo ese movimiento que antecede á la salida de un tren, aunque atenuado ahora por los contados viajeros que se aventuraban á salir de Madrid á estas horas, anuncióle que pronto el tren se pondría en marcha.

\* \* \*

Han transcurrido dos años; Pepe ha paseado su aburrido cuerpo por todos los países más codiciados y favorecidos por los *touristes*: fué á Nimes, á París, á Trouville; estuvo en Monte Carlo, en Niza, y... nada, sentía necesidad, una necesidad imperiosa de volver á Madrid, y fué.

Todo lo encontró de la misma manera, cual si se hubiese ausentado la víspera, y, sin embargo, hacía tanto tiempo que no había pisado las calles de Madrid, á las que le atrajo la fatalidad que le hizo conocer á Angelita, enamorarse de ella y casarse luego.

La gente no volvía de su asombro. ¡Qué caras de estupor y qué exclamaciones hacían sus amigos al participarles la muerte de su esposa!, ¡de su Angelita del alma! —Aquello fué una desgracia, una horrible desgracia. Acaeció en Suiza.. un viaje á Mont-Blanch... una corta ascensión... un ventisquero que rompe la cuerda que les unía á los guías.. y nada más. No se pudo encontrar más vestigio de ella que su alpestock.

—¡Desgraciada! ¡Tan joven! ¡Tan bonita!—exclamaban todos, tomando por verídica la ridícula historia que el honor ultrajado hacía hilvanar al pobre Pepe.

Y en tanto, sin saber de ella. ¿Habría volado con las golondrinas para labrar su nido en alguna playa levantina? ¿Se habría refugiado, cual torpe foca, entre la niebla y el hielo, en algún país del Norte? Ello era que nadie, absolutamente nadie, dejó de creer en su muerte, y, por lo tanto, que nadie, absolutamente nadie, la había visto.

Las lilas ostentaban sus corolas y esparcían sus perfumes; la primavera, con todo lo que tiene de encantador y delicioso, se demostraba en todo su esplendor. En el Palacio de Cristal del Retiro habíase abierto el Certamen de pintura. Pepe, amalgama de curioso y artístico,

como buen madrileño, fué á visitar la Exposición.

Atravesó todas las salas sin fijarse detenidamente en ninguno de aquellos lienzos, en cuyos asuntos, en cuyos colores aleteaban un sin fin de impacencias; horas largas de desaliento; dificultades vencidas, y, por fin, el triunfo del artista.

De pronto, sus ojos se fijaron, con extrañeza primero, con indignación después, en un retra-



BELLAS ARTES

—¿Así?

to de mujer. No bien convencido, se acercó más y más al cuadro, hasta no ver sino montoncitos de pintura, brochazos al aire y una firma en vivo carmín, bajo la que se leía el nombre de una ciudad y una fecha.

Separóse otra vez de aquel cuadro que le atraía y fascinaba, y una carcajada, mezcla de ironía y satisfacción, se escapó de sus labios.—*J. Vidal.—1894.—Caprí.*

Aquello fué toda una revelación. J. Vidal, el elegante pintor, el amigo, casi el pariente, se la había robado y llevado á Italia, á Caprí,



¡y eran tan felices! Una sonora y estrepitosa carcajada se oyó retumbar en todos los rincones de la sala; los guardias miraron á Pepe y se rieron; unas señoras murmuraron: «¡Qué alegre está ése! Será algún pintor». Otros le miraban con lástima y decían: «¡Está loco!»

Sin embargo, Pepe no era pintor, alegre lo estaba, y de loco tenía un poco en aquel momento. Pero, más que todo esto, era algo así como el explorador que descubre un continen-

—Señores, la cosa no tiene nada de divertido.

—¿Y les parece á ustedes que el pobre Pepe merece ser castigado?

—Yo, en su caso, hubiera hecho lo mismo.

—Y yo, y yo,—dijeron veinte voces á la vez.

—Y después, ese recurso de la muerte, eso, sólo eso demuestra que Pepe no es un hombre vulgar.

—¡Y qué bien trasmada la historia aquella del viaje á Suiza, con la ascensión al Mont-Blanch y el ventisque-ro, los guías, la cuerda y el alpestock!...

—La verdad es que parece una novela: Una mujer que huye con su amante; el marido lo descubre; se ausenta de Madrid; cuenta que su mujer ha muerto; viste de luto, y luego, más tarde, en la Exposición de pinturas se encuentra frente á frente con el retrato de aquélla, que está firmado por un amigo á quien no ha visto ha tiempo, y después, en un teatro, acurrucados en lo interior de una platea, descubre á los amantes; espera que termine la función, y al ir á salir, así, de pronto, sin decir palabra, les dispara un tiro, después otro, y ella cae tendida, mientras él huye herido.

—¡Pobre Pepe!

—¡Cásense ustedes, señores!

\*\*

La verdad es que este terrible suceso había interesado á todo Madrid, á ese Madrid que lo mismo se preocupa por un cambio de gobierno que por una bailarina célebre; por un matador de toros que por la ruina de una casa de banca; por un suicidio cualquiera que por un drama pasional.

Igual que en Fornos, donde «la peña» de desocupados sostenía la anterior conversación,

este desenlace del drama conyugal había impresionado y era comentado en las mesas de todos los cafés y en todos los salones de la alta sociedad.

Pero todo el mundo convenía en una cosa: en que hubieran hecho todos lo mismo que Pepe había hecho.

PEDRO FERRER GIBERT.



BELLAS ARTES

—¿Así?

te; como el alquimista que encuentra la fórmula para fabricar la piedra filosofal: era un marido que descubre al amante de su mujer.

J. Vidal.—Caprí, fué una obsesión; durante todo el día vió cabrillear y bailar estos nombres: J. Vidal.—Caprí, barajados con la imagen de su mujer.

\*\*

—Será á puerta cerrada.

—¡A puerta cerrada! Hombre, que no puede ser.

—Sí; me lo ha dicho el fiscal.

—¡Qué lástima!

En el álbum de una actriz:

«La principal virtud de toda actriz debe consistir en llegar á tiempo á los ensayos.»





—Si á coger uvas te acercas  
alguna vez á una vid,

huye si ves una araña  
como la que ves aquí.

## Cuentos

Zurriólez sale á paseo  
con su perro.

Antes de volver á su  
casa, le saca el bozal y  
el perro echa á correr,  
parándose á aullar fren-  
te á la puerta del piso.

Al abrir la puerta el  
hijo de Zurriólez ex-  
clama:

—Papá, el perro ha  
perdido el bozal, por-  
que no le tiene puesto.

—Es que le tengo yo.

—  
Cerrada la Exposición  
de París, han quedado  
cesantes todos los que  
han tenido empleos en  
ella.

—¿Qué les queda á  
esos infelices que ahora  
han sido echados á la  
calle?—decía un indivi-  
duo.

A lo que contestó un  
chusco:

—Pues les queda una  
ex-posición.

—¿No es verdad, Car-  
mencita, que me estoy  
volviendo algo maja-  
dero?

—No, señor. Yo le  
he conocido á usted  
siempre así.

## CONTRASTE

Frente al esposo burlado  
el cínico burlador,  
y de los dos el honor  
por dos espadas guardado.  
Suena, tras examen frío  
de las armas, la señal,  
y comienza la brutal  
escena del desafío.  
Unos minutos luchando  
contra un acero otro acero,  
luego un grito lastimero,  
después un hombre expirando

á los pies del burlador,  
y otros que firman un acta,  
cuya virtud deja intacta  
la honradez del matador.

\*\*

Cogida la borrachera,  
la disputa consiguiente;  
de los dos, el más valiente  
da la puñada primera;  
saca un arma el agredido,

imítale el otro al vuelo,  
y en un minuto... uno al suelo  
con el corazón partido.

.....  
Como la otra, esta vez  
hay también quién firma un acta;  
pero que no deja intacta  
del matador la honradez,  
pues, contraste extraordinario,  
el mundo, que en el primero  
sigue viendo á un caballero,  
hace al otro presidario.

ROGELIO G. RENDUELES.



## VIVE TRANQUILA

Esperando, cual siempre,  
de ansia transido,  
ayer noticias tuyas  
he recibido;

y á explicarme no acierto,  
madre del alma,  
por qué muestras perdida  
tu santa calma.

Dices que con frecuencia  
sientes temores  
de que mi amor te roben  
otros amores.

Que mi ausencia te causa  
profurda herida.  
Que sin verme, imposible  
se hace tu vida.

Dices que de tu angustia,  
pones al cielo  
por testigo, al llamarme  
con desconsuelo.

Y que en pago á tu triste  
melancolía,  
ecos de amor no escuchas  
del alma mía.

También yo muchas veces  
al cielo miro,  
y evocando tu nombre,  
triste suspiro.

Hacia ti mis suspiros  
no van despacio;  
pero ven á los tuyos  
en el espacio,

y hablando se entretienen  
en el camino,  
de amor inmarcesible,  
santo, divino.

Vive tranquila, madre;  
vive segura,  
de que yo te venero:  
¡mi alma lo jura!

Vive mucho; y no temas  
que en lo futuro  
se extinga este cariño  
que ahora te juro;

pues si no son vanales  
ofuscamientos,  
que los hijos heredan  
los sentimientos

de aquella que sus pasos  
primeros guía,  
y en su fecundo seno  
los llevó un día;

para premiar con creces  
tu afán prolijo,  
tengo bastante, ¡oh madre!,  
con ser tu hijo.

A. HERNÁNDEZ Y CID.

### BELLAS ARTES



Copyright 1900 by Beaman Clement

¡POBRECITO MINÍN! ¡RÓ-RÓ!



## LA NOVELA EN EL TRANVIA

(FRAGMENTO)

**E**L coche partía de la extremidad del barrio de Salamanca, para atravesar todo Madrid en dirección al de Pozas. Impulsado por el egoísta deseo de tomar asiento antes que las demás personas, movidas de iguales intenciones, eché mano á la barra que sustenta la escalera de la imperial, puse el pie en la plataforma y subí; pero en el mismo instante, ¡oh previsión!, tropecé con otro viajero que por el opuesto lado entraba. Le miro y reconozco á mi amigo el señor don Dionisio Cascajares de la Vallina, persona tan inofensiva como discreta, que tuvo en aquella

crítica ocasión la bondad de saludarme con un sincero y entusiasta apretón de manos.

Nuestro inesperado choque no había tenido consecuencias de consideración, si se exceptúa la bolladura parcial de cierto sombrero de paja, puesto en la extremidad de una cabeza de mujer inglesa, que tras de mi amigo intentaba subir, y que sufrió, sin duda por falta de agilidad, el rechazo de su bastón.

Nos sentamos, sin dar al percance exagerada importancia, y empezamos á charlar. El señor don Dionisio Cascajares es un médico afamado, aunque no por la profundidad de sus conocimientos patológicos, y un hombre de bien, pues jamás se dijo de él que fuera inclinado á tomar lo ajeno, ni á matar á sus semejantes por otros medios que por los de su peligrosa y científica profesión. Bien puede asegurarse que la amenidad de su trato y el complaciente sistema de no dar á los enfermos otro tratamiento que el que ellos quieren, son causa de la confianza que inspira á multitud de familias de todas jerarquías, mayormente cuando también es fama que en su bondad sin límites presta servicios ajenos á la ciencia, aunque siempre de índole rigurosamente honesta.

Nadie sabe como él sucesos interesantes que no pertenecen al dominio público, ni ninguno tiene en más estupendo grado la manía de preguntar, si bien este vicio de exagerada inquisitividad, se compensa en él, por

la prontitud con que dice cuanto sabe, sin que los demás se tomen el trabajo de preguntárselo. Júzguese por esto si la compañía de tan hermoso ejemplar de la ligereza humana será solicitada por los curiosos y por los lenguaraces.

Este hombre, amigo mío, como lo es de todo el mundo, era el que sentado iba junto á mí cuando el coche, resbalando suavemente por su calzada de hierro, bajaba la calle de Serrano, deteniéndose alguna vez para llenar los pocos asientos que quedaban ya vacíos. Ibamos tan estrechos, que me molestaba grandemente el paquete de libros que conmigo llevaba, y ya le ponía sobre esta rodilla, ya sobre la otra, ya por fin me resolví á sentarme sobre él, temiendo molestar á la señora inglesa, á quien cupo en suerte colocarse á mi siniestra mano.

—Y usted ¿á dónde va?—me preguntó Cascajares, mirándome por encima de sus espejuelos azules, lo que me hacía el efecto de ser examinado por cuatro ojos.



—Un hombre poeta, guapo... y con muchas acciones de la Tabacalera... ¡Dios mío! ¡Mi sueño dorado!



Contestéle evasivamente, y él, deseando sin duda no perder aquel rato sin hacer alguna útil investigación, insistió en sus preguntas, diciendo:

—Y Fulanito ¿qué hace? Y Fulanita ¿dónde está?—con otras indagatorias del mismo jaez, que tampoco tuvieron respuesta cumplida.

Por último, viendo cuán inútiles eran sus tentativas para pegar la hebra, echó por camino más adecuado á su expansivo temperamento y empezó á desembuchar.

—¡Pobre condesa!—dijo, expresando con un movimiento de cabeza y un visaje su desinteresada compasión.—Si hubiera seguido mis consejos no se vería en situación tan crítica.

—¡Ah! Es claro,—contesté maquinalmente, ofreciendo también el tributo de mi compasión á la señora condesa.

—¡Figúrese usted —prosiguió—que se han dejado dominar por aquel hombre! Y aquel hombre llegará á ser el dueño de la casa. ¡Pobrecilla! Cree que con llorar y lamentarse se remedia todo, y no. Urge tomar una determinación. Porque ese hombre es un infame; le creo capaz de los mayores crímenes.

—¡Ah! ¡Si es atroz!—dije yo, participando irreflexivamente de su indignación.

—Es como todos los hombres de malos instintos y de baja condición, que si se elevan un poco, luego no hay quién los sufra. Bien claro indica su rostro que de allí no puede salir cosa buena.

—¡Ya lo creo! Eso salta á la vista.

—Le explicaré á usted en breves palabras. La condesa es una mujer excelente, angelical, tan discreta como hermosa, y digna por todos conceptos de mejor suerte. Pero está casada con un hombre que no comprende el tesoro que posee, y pasa la vida entregado al juego y á toda clase de entretenimientos ilícitos. Ella, entre tanto, se aburre y llora. ¿Es extraño que trate de sofocar su pena divirtiéndose honestamente aquí y allí, donde quiera que suena un piano? Es más: yo mismo se lo aconsejo y le digo: «Señora, procure usted distraerse, que la vida se acaba. Al fin el señor conde se ha de arrepentir de sus locuras y se acabarán las penas». Me parece que estoy en lo cierto.

—¡Ah! Sin duda,—contesté con oficiosidad, continuando en mis adentros tan indiferente como al principio á las desventuras de la condesa.

—Pero no es eso lo peor,—añadió Cascajares, golpeando el suelo con su bastón,—sino que ahora el señor conde ha dado en la flor de estar celoso... sí, de cierto joven que se ha tomado á pechos la empresa de distraer á la condesa.

—El marido tendrá la culpa de que lo consiga.

—Todo ello sería insignificante, porque la condesa es la misma virtud; todo eso sería insignificante, digo, si no existiera un hombre abominable que sospecho ha de causar un desastre en aquella casa.

—¿De veras? Y ¿quién es ese hombre?—pregunté con una chispa de curiosidad.

—Un antiguo mayordomo muy querido del conde, y que se ha propuesto martirizar á la inf-



--¡Pobrecillo! Está orgulloso porque le miro y me sonrío. Y ¿quién contiene la risa al ver el tiznón que lleva en la nariz?



## La Saeta

liz cuanto sensible señora. Parece que se ha apoderado de cierto secreto que la compromete y con esta arma pretende... qué sé yo... ¡Es una infamia!

—Sí que lo es, y ello merece un ejemplar castigo,—digo yo, descargando también el peso de mis iras sobre aquel hombre.

—Pero ella es inocente; ella es un ángel... Pero, ¡calle! estamos en la Cibeles. Sí: ya veo á la derecha el parque de Buenavista. Mande usted parar, mozo; que no soy de los que hacen la gracia de saltar cuando el coche está en marcha, para descalabrarse contra los adoquines. Adiós, mi amigo, adiós.

Paró el coche y bajó don Dionisio Cascajares y de la Vallina, después de darme otro apretón de manos y de causar segundo desperfecto en el sombrero de la dama inglesa, aun no repuesta del primitivo susto.

B. PÉREZ GALDÓS.



Para bailar sevillanas  
hay que tener gran *quinqué*,

¿Tú la quieres?

—La adoro.

—Y ¿te recreas  
en aumentar tu bárbara agonía  
pensando en ella?

—¡Sí!

—¡Malas ideas!  
Vence la tentación.

—¡Ay, yo lo haría,  
mas no es posible, padre!

—No la veas.  
—¡Ay, no puedo!

—¿Por qué?

—¡Porque es la mía!

FEDERICO CAÑALEJAS.



muy ligeras las caderas  
y muy ligeros los pies.

## CONFITEOR

—Tengo una enfermedad, padre, espantosa:  
me tiene una mujer desesperado.

—¿Conque una mujer dices? ¡Desdichado!  
¿La quieres?

—¡La idolatro! Es tan hermosa...

—¿Y ella?

—Se muestra fría y desdeñosa,  
y ésa es la causa de mi triste estado.

¡Me tiene loco, padre!

—¡Infortunado!

—¡Aconséjeme usted!

—¡Difícil cosa!





Un paso de bolero... al aire libre



# LA CUESTA DEL PERDON

## I

UNA vez hicieron rabona á la escuela dos chiquillos del Sacro Monte, y, parados en medio del camino, disputaban á voces, diciendo:

—¡Y mi padre ha sido alcalde de barrio! Y ésa, ¿es coche ó calesa?

—¡Y el mío tiene un reló de plata! ¿Y ésa?

—¡El mío otro! ¿Y ésa?

El inocente chiquitín Manolillo, que estaba á la puerta de su cueva y escuchaba el diálogo, quiso también intervenir y *ostentar* algo, exclamando con orgullo:

—¡Y mi papa le pega á mi mama! ¿Y ésa?

## II

Manolillo se ha quedado sin madre.

Ya bien obscurecido, vuelve el padre á la cueva borracho; y Manolillo, que lleva todo el día sin comer, no se atreve á pedir nada.

Al cabo de un rato, el muchacho, de cara á la pared, y como si hablase con ésta, dice á media voz:

—Tengo hambre.

Y vuelve la cara hacia el borracho, que se ha tendido en el suelo y que lo mira con ojos estúpidos y turbios, sin responder una palabra.

El chiquillo se acuerda entonces de su madre, y asomándose al borde del camino, sobre la oscura y misteriosa cuenca del río Darro, estira el cuello y llama á voces á la muerta, como si pudiera volver...

## III

Sólo se ven pasar algunas beatas hacia la Cuesta del Perdón, vestidas de negro, y seguidas de algunas familias piadosas que, el viernes inmediato á la muerte de una persona querida, recorren allí la Vía Sacra en sufragio del alma del difunto.

Algo de esto sabe confusamente Manolillo, y se va detrás de uno de aquellos grupos, con la boca abierta y muy fijo en todas las ceremonias.

Delante de cada cruz de piedra suena la voz gangosa y temblorosa de la beata, y levanta la familia un rumor de rezos, doliente y aflictivo.

Manolillo no entiende nada, ni sabe rezar; pero copia como un mono todas las actitudes que ve: híncase de rodillas; dase golpes de pecho; hace garatusas, disimulando una santiguada, y sus ojos, muy abiertos, expresan algo del angustioso afán de un mudo que anhelaba explicarse...

## IV

—Manolillo, ¿vienes de la Cuesta del Perdón, de sacar á tu madre del Purgatorio?

—Sí. ¿Habrá llegado ya á casa?

—¡Yo qué sé! Pero si tú no vas á la escuela de don Andrés, ¿cómo has rezado?

—¿Que cómo he rezado? Pues... ¡pór señas!

G. RUIZ DE ALMODÓVAR.

---

## CANTARES

Para amarguras, las mías;  
para grandes, mis tormentos:  
sólo una mujer me quiso  
y me lo dijo muriendo.

—  
Por ella á un hombre maté;  
cuando libre me pusieron,  
la vi viviendo con otro...  
¡Qué pena me da del muerto!

¡Mira tú si será buena,  
que debía de hacer Dios  
otro cielo para ella!

—  
Por aquel camino  
fueron á enterrarla;  
por aquel camino, buscándola á ella,  
van todas mis lágrimas.

MIGUEL DE SILES CABRERA.



BELLAS ARTES



GERMINAL



# ADELINA

(CONTINUACIÓN)

—Adelina, semejante palabra es muy injusta é injuriosa. ¿Se insulta lo que se adora? Esta estancia es un santuario en que querría arrodillarme para mejor adorar el ídolo.

—Conde Luis, lo suplico, retírese usted....

—Quisiera obedecer, y me falta el valor.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Quiere comprometerme!

—Y ¿cómo? Nadie en el mundo puede sospechar de mi presencia en este sitio... Los criados se han recogido... Felisa duerme...

—¿Qué importa? Mi conciencia me prohíbe escucharle esta noche. Mañana... Lo he prometido. Mañana...

—¡Mañana! La ocasión de encontrarme solo con usted no se presentará seguramente.

—Si es preciso, yo la procuraré; pero retírese. ¡Oh! ¡Retírese! .. ¡Lo quiero!

—¡Así, pues, me echa usted!—dijo el joven dolorosamente.

Luis, al decir lo que precede, afectaba un ademán de angustia, y con el dorso de la mano enjugó en su mejilla una lágrima que no corría.

—¡Dios me libre de hacerle sufrir!—balbuceó Adelina.—Si lo hago es sin saberlo, sin quererlo, lo juro; ¡pero bien ve usted que tiemblo, que tengo miedo...!

—¡Miedo de mí!—repitió el conde Luis, con expresión de profunda amargura.—Es que duda

usted de mi respeto, de mi honor, de mi lealtad. ¡Vamos, he aquí el último golpe! ¡Todo ha concluido, y por completo! ¡Adiós, señorita! ¡Adiós para siempre!

Luis se inclinó ante la joven y se dirigió lentamente hacia la puerta por donde había entrado.

Una terrible resolución se leía en el rostro sombrío de este gran cómico.

—¿Dónde va usted?—le preguntó Adelina, loca de terror.

—Bien lo sabe,—respondió.

—¿Dejará usted de verme?

—¡Y de vivir!

—¡Morir!...—balbuceó.—¡Va usted á morir!...

—¡Sí!—replicó Luis.—¿Qué he de hacer ya en este mundo, donde la que para mí lo es todo, me desprecia, y me lo dice en mi cara?

—¡Yo despreciarle! ¡yo!—dijo sollozando la desgraciada niña.—¿He dicho yo tal cosa?...

—¡Ha hecho más que decírmelo... probarlo!

—Y para probar que no se me ha comprendido... que le estimo... ¿qué será menester?

—Será menester,—respondió Luis,—manifestarme la confianza que se me ha rehusado hace poco... que du-



BELLEZA ORIENTAL



## LO DE SIEMPRE

rante algunos minutos (no soy exigente) me permita sentarme á su lado y escucharme sin tener miedo.

—Quédese usted,—dijo vivamente Adelina;—siéntese. He aquí mi mano. Hable... Ya escucho... Tengo confianza.

—Mi querida Adelina,—dijo el joven,—necesitamos ponernos de acuerdo para lo porvenir; luchar con firmeza, á todo obstáculo que ante nosotros se nos pusiere para evitar que se realicen nuestros deseos. Necesito saber todo lo que su padre le aconseje; necesito saber la más insignificante de sus entrevistas...

—¡Sí: todo lo diré!

Y Adelina contó brevemente las aspiraciones de su padre acerca del vizconde de Amarante, quien por segunda vez ya había pedido su mano.

—¡Ah!...—exclamó el joven.—¡Hoy mismo veré á ese infame!...

—¡En nombre del cielo, no... ¡no se comprometa usted!... Luego sería peor; tengo mis razones para creerlo así.

—Y ¿qué piensa usted hacer?

—Vivir prevenida. Yo le aseguro que sólo á usted concederé mi mano...

Sólo una cosa me inquieta, ó, mejor dicho, una persona... ¡Una sola!... Pero me inquieta mucho.

—¿Quién es esa persona?

—Mi padre. Tal vez un día, arrojada de mi casa, no tendré otro asilo más que su corazón de usted.

—Tranquilícese, mi amada Adelina.

—Procuro hacerlo. No cederé, lo juro; pero me aterra el pensamiento de oponerme á la voluntad de mi padre.

—Yo me encargo de arreglarlo todo.

—¿Qué hará usted?



—Que son bonitos mis ojos,  
que mi boca es hechicera,

que por, mí se muere usted...  
Pues cuénteselo á su abuela.

(Continuará.)

F. OLTRA Y DALMÁU.



# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Me embelesan tus palabras  
cuando te hallas á mi lado;  
estrecho tus manos finas...  
mas no te vayas de manos.

En la calle:

—¡Señorita...!

La joven no responde y prosigue su camino.

—¡Señorita, permítame usted dos palabras!

La joven lanza una mirada á su perseguidor, se detiene, llama un coche y dice en alta voz:

—Cocheiro, á casa: Luna, 87 duplicado, cuarto segundo, puerta de la derecha.

En el cementerio:

Un individuo pronuncia un discurso ante el cadáver de un amigo, y dice, entre otras cosas:

—El infeliz ha muerto dejando una viuda de veinticuatro años...

La viuda, interrumpiendo al orador:

—Veintidós tan sólo... veintidós!

Cruzando un día tu calle,  
y mirando á tu balcón,  
pensé en él hallar tu imagen,  
y encontré un guardacantón.

Entre madre é hija:

—¿Sabes lo que me ha dicho Arturo, mamá?

—¿Qué, hija mía?

—Que todas las noches me ve en sueños.

—Pues de aquí en adelante cerraré bien la habitación para que no te vea.

Tener un amor, es nada;  
el tener dos, es plausible;  
tener tres, es grande cosa,  
y tener cuatro, sublime.

Un caballero se presenta á un pintor y le dice:

—El mes que viene es el santo de mi mujer y quisiera regalarle un retrato hecho al óleo por usted; pero...

—Por el precio no tenga usted miedo: hago retratos muy parecidos en inmejorables condiciones.

—No es el dinero lo que me preocupa; es que mi mujer es sorda y yo quisiera que en el retrato se apreciara este pequeño defecto físico.

—¡Oh! Eso es muy fácil; la pintura ha vencido todas las dificultades.

Se hace el trato y ocho días después se presenta el marido en el taller, donde se le hace entrega del retrato.

¡Estupefacción!

El pintor había salido del paso dibujando en cada oreja una enorme pelota de algodón en rama.


De Holanda vienen los quesos,  
de Valencia los melones;  
y si pides calabazas  
aquí se dan á montones...

Allí donde un ejército francés tiene lo necesario, un ejército inglés se muere de hambre y un ejército español está en la abundancia.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

## 48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.



**Charada**

Hoy no tengo *cuarta dos*  
para hacer esta charada,  
es decir, que estoy más duro  
que una *tres prima* de Malta.  
Lo atribuyo á que me han dicho  
que á *tres dos* iré mañana,  
y sin duda la alegría  
á mis sentidos embarga.  
Querido lector, le invito,  
le ofrezco de buena gana...  
Hoy dormiré en *prima dos*,  
mañana en el *todo*, y gracias...

MORENO.

**Cuadrado**

```
* * * *
* * * *
* * * *
* * * *
```

Substituir las estrellitas por letras, de forma que vertical y horizontalmente se lea: en la 1.<sup>a</sup> línea, parte del cuerpo humano; en la 2.<sup>a</sup>, percha de cerdas; en la 3.<sup>a</sup>, igual á cero; y en la 4.<sup>a</sup>, verbo.

LUIS MONTELLANO DUQUE.

**Logogrifo numérico**

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 Enfermedad de niños.
- 4 2 3 4 2 6 2 3 De lo que más consumimos.
- 4 9 6 7 8 2 3 Apellido
- 4 5 6 6 9 8 Id.
- 3 9 5 1 9 Semanario ilustrado.
- 6 9 8 9 Animal.
- 3 2 6 En los conventos de monjas.
- 1 5 En los cafés.
- 2 Vocal.

M. CERVERA MENGUIJON.

**Rombo**

```
*
* * *
* * * * *
* * * * * * *
* * * * * * * *
* * * * *
* * *
*
```

Substituir las estrellitas por letras, que leídas vertical y horizontalmente digan: 1.<sup>a</sup> línea, consonante; 2.<sup>a</sup>, extensión de agua; 3.<sup>a</sup>, nombre de mujer; 4.<sup>a</sup>, herramienta que se usa para la poda; 5.<sup>a</sup>, ciudad de España;

6.<sup>a</sup>, pueblo de la provincia de León; 7.<sup>a</sup>, antiguo tiempo de verbo; 8.<sup>a</sup>, parte del cuerpo; y 9.<sup>a</sup>, vocal.

JUAN TALLADA.

**Jeroglífico comprimido**



ZARAGATEÑO.

**Soluciones á lo insertado en el número 531**

CHARADA.—Calor.

CHARADITAS MUSICALES.—Doréla, Miréla, Laredo, Relamido.

CRUZ:

```
P A I
I G N
P I C A D O R
A G A P I T O
I N D I A N A
O T N
R O A
```

CUADRADO NUMÉRICO:

```
4 7 2 5
3 6 5 4 = 18
5 3 4 6
6 2 7 3
```

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Dorotea.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

**LA SAETA**

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia  
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
Año. . . . . 11 .  
Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 .

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.









20 cénts.

Núm. 533



# Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

## Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.

ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.

LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.

CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.

VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.

LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.

ZAZÁ, MIMÍ Y C.<sup>a</sup>

EL TENORIO DE BELCHICHE.

ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.

LULÚ.

## Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.

LA HIJA DE LA MUERTA.

EL MÁRTIR DE SU CULPA.

CORAZÓN DE MADRE.

LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.

ABANDONADA EN EL MUNDO.

CALVARIO DE AMOR.

MAL PADRE Y BUENA HIJA.

CORAZÓN EN LA MANO.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.

EL PERDÓN DEL MARINO.

LÁGRIMAS DE HIELO.

EL REY DE IMERECIA.

EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.

ANDRAJOS Y DIAMANTES.

ENRIQUETA.

UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.

LA CRUZ DEL MONTE.

EQUIVOCACIÓN FATAL.

MUJER Y ÁNGEL.

FLORES DEL ALMA. (2.<sup>a</sup> parte de «Mujer y ángel».)

EL RECUERDO DE GLORIA.

EL SUEÑO DEL ARTISTA.

POBREZA Y VIRTUD.

## Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.<sup>a</sup> TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.<sup>a</sup> LOS NAUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.<sup>a</sup> LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.<sup>a</sup> AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.<sup>a</sup> LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.<sup>a</sup> UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.<sup>a</sup> LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

## ACTUALIDADES

VIAJES AL PAÍS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROG.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

EL PALUDISMO, por A. GIL Y MORTE, catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: **Una peseta**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**

En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3.**

En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.